

la superior sociedad, el otro que se adjudica y hace propio el bien común por avasalladora arrogancia; uno sumiso á Dios, el otro rival del mismo; uno sosegado, el otro turbulento; uno pacífico, el otro sedicioso; uno que prefiere la verdad á las alabanzas de los que yerran, el otro ansioso de gloria á todo trance; uno amigable, el otro envidioso; uno que desea para el prójimo lo que para sí mismo, el otro que quiere subyugar al prójimo á sí; uno que rige al prójimo mirando al provecho del mismo, el otro mirando al provecho propio: estos dos amores se mostraron primero en los Angeles; aquel en los buenos, este en los malos; y bajo la admirable é inefable Providencia de Dios, que todas las cosas creadas gobierna y ordena, fundaron en el género humano dos ciudades distintas, una de justos y otra de malvados. De las cuales temporalmente revueltas y mezcladas se compone el mundo, hasta que por el último juicio sean separadas, y aquella en unión de los Angeles buenos vaya á gozar de la vida eterna en su rey, y ésta en unión de los Angeles malos sea arrojada al eterno fuego con su rey."

Análisis de este magnífico trozo.—Principio vital de una ciudad, el amor santo; principio vital de la otra, el amor inmundado, como lo llama el gran Doctor: nacimiento de la primera, en los Angeles buenos; nacimiento de la segunda, en los Angeles malos: rey de aquella, Dios; rey de esta, el demonio; paradero final de la una, vida eterna en su rey; paradero final de la otra, fuego eterno con su rey. El cuadro histórico y teológico es acabado.

Aunque estamos seguros de la benevolencia y agrado con que el entendido lector nos acompaña en esta variada discusión de textos, por el grandísimo interés que justamente le inspira la cuestión máxima que traemos entre manos, tan llena de ambages y obscuridades, y con tan reñido empeño debatida aun

en el campo católico, por muchos hombres de saber y de intención santísima; vamos sin embargo á concluir, después de haber satisfecho, en cumplimiento de nuestra obligación, la curiosidad legítima y acallado el postrer escrúpulo ó reconcomio que tal vez atormentare á los más avisados, acerca de la perfecta y cabal interpretación, acerca del valor positivo real é indisputable, que deba darse al lenguaje de San Agustín, nuevo y sorprendente para no pocos.

Porque contra la natural y fácil inteligencia de sus terminantes expresiones citadas, y cien pasajes más que sería dado acumular, podría acaso un ingenio sutil oponer, que todas aquellas frases y discursos, cómodamente se exponen, adaptados á la pintura vaga y general de la guerra y contraste entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, y consiguientemente entre justos y pecadores, sin dar más alcance á las palabras del ínclito Doctor, sin tomarlas como la explicación del misterio más hondo y recóndito quizá de toda la historia de la humanidad.

Pero el esclarecido Autor se encarga de desmentir el falaz comentario con su obra entera de *Civitate Dei*, emprendida y compuesta, según testimonio de su honrada palabra, con el fin único de trazar en la humana historia, el primer comenciamiento ó arranque, los pasos, vicisitudes, mútuas batallas y de semejantes postrimerías de aquellas dos gigantescas ciudades, cual si tratase ni más ni menos de dos pueblos, naciones ó razas distintas, hasta el acabamiento del mundo, hasta las puertas mismas de la eternidad. Conforme de una manera concluyente se patentiza con sólo indicar algunos epígrafes de aquel maravilloso libro, parto sublime del inmortal Obispo de Hipona; cuales son:

1. El del Lib. XI. Comienza la segunda parte de la obra, que trata del nacimiento, desarrollo y correspondientes fines de las dos ciudades.

2. El del Lib. XV. De la continuación de las dos ciudades. desde Caín y Abel hasta el diluvio.

3. El del Lib. XVI. En la primera parte se muestra el progreso ó continuación de entrambas ciudades. desde Noé hasta Abraham: en la segunda del progreso de la ciudad celeste solamente desde Abraham hasta los reyes Israelitas.

4. El del Lib. XVII. Se trata de la continuación de la ciudad de Dios. desde Samuel y David hasta Jesucristo.

5. El del Lib. XVIII. Habla de la continuación de la ciudad terrena desde el tiempo de Abraham hasta el fin del mundo, junto con la ciudad celeste.

6. El del Lib. XIX. Se razona acerca de los fines de entrambas ciudades.

7. El del XXI. Del debido fin de la ciudad del diablo.

8. El del XXII. Del debido fin de la ciudad de Dios.

O esta doble cronología tejida por mano del mismo Doctor, una de la ciudad de Dios y otra de la ciudad de Satanás, corriendo paralelas y absolutamente separadas, desde el principio del mundo hasta la eternidad, demuestra por sí sola la existencia y vida corporativa, real y contraria de las dos ciudades descritas, ó no significa nada y San Agustín, absorto en el ejercicio de las más altas virtudes y del celo pastoral, tan ocupado en refutar y pulverizar la muchedumbre de los errores de su tiempo y de los por venir, en preparar sus riquísimos arsenales de ciencia filosófica y teológica para ilustración de todos los siglos, tuvo vagar y humor todavía para más; y por entretenimiento se puso á delinear una monstruosa novela, nutrida sí de inmortales enseñanzas, pero cuyo fondo es la fábula ó embuste más monumental.

Y vamos siguiendo la pista al buen Negroni, á quien entre paréntesis, nadie gana á consecuente y terco en sus ideas, según lo prueba su vida literaria entera, que ha sido un ince-

sante batallar con las armas de multitud y variedad de libros, por esta única dama de sus pensamientos, la teoría, digo, de la paternidad diabólica de la masonería que venimos dilucidando. Y perdóneme el claro autor, si es que todavía respira el aura vital en su *campagna* de Bolonia, la alusión y la amistosa chanza; que sí me perdonará, hecho ya á las bromas como la de los redactores de una gran revista católica italiana, quienes entre otros fuertes argumentos lanzados contra el sistema de nuestro autor, le asestaron este, tomándole por mentecato á causa de su conocida tema y jugando con él como con un chiquillo, diciendo: que sus iniciales P. B. N. B. [P. Bernardino Negroni Boloñez] debían interpretarse así: *Padre Bar Naba Boloñez*: tiro, como se sé, muy certero para echar por tierra las razones del contendiente; dardo gracioso, que en italiano tendrá mucho aticismo, pero á que no se le saca punta. Mas entre indirectas y chanzonetas, no nos olvidamos de nuestro inolvidable Negroni.

El cual no entendiendo de burlas á la cuenta, y firme en sus estribos, invoca á su favor el testimonio de todos los Sumos Pontífices, á contar desde León I hasta Pío IX, de quien reproduce estas palabra: "Ella, [la masonería] había previsto perfectamente todo el daño que debía de causar á la religión y á la sociedad civil. En efecto, esta digna hija de Satanás, haciendo del hombre un Dios, y constituyéndole juez supremo de su propia conducta, en el hecho mismo rechaza toda autoridad divina y humana y destruye por ende las bases de toda sociedad. . . . Es menester, pues, para arrancar esta emponzoñada raíz, acudir al Omnipotente. Sólo aquél que pudo arrojar del cielo al *verdadero Padre* de esta secta, sólo aquel la puede hacer desaparecer de la tierra. [1]."

(1) Breve dirigido á la Asociación reparadora. 7 Enero 1875.

Por nuestra parte, ya que no le fué dable ejecutarlo al P. Negroni, por haber estampado su obra en 1875, continuaremos con otras palabras del Pontífice reinante León XIII en el exordio de su magistral Encíclica sobre la Masonería, *Humanum genus*, y son estas: "Hay en la tierra el reino de Dios, ó sea, la verdadera Iglesia de Jesucristo, al cual los que de corazón y convenientemente para la salud, quieren pertenecer, necesario es que sirvan con toda su alma y voluntad suma á Dios y á su Unigénito Hijo: el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo dominio y potestad yacen todos aquellos que siguiendo los funestos ejemplos de su capitán y de los primeros padres, muchas cosas intentan con esfuerzo, desentendidos de Dios; muchas contra Dios mismo. Estos dos reinos, en forma de dos ciudades que con leyes contrarias abrazan contrarios propósitos, perspicaz contempló y descubrió Agustino, y con aguda brevedad expuso la causa eficiente de una y otra, en estos términos: *Dos amores formaron dos ciudades: la terrena el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios: la celestial, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo* [1]. En toda la serie de los siglos combatieron una contra otra con gran variedad de armas y géneros de guerra, bien que no siempre con el mismo ardimiento é ímpetu. Mas en nuestros tiempos parece que los partidarios de la ciudad malvada conspiran todos á una y hacen los mayores esfuerzos, bajo la dirección y con el auxilio de aquella sociedad, á que llaman de los masones, por todas partes, difundida y fuertemente constituida.

Acerca del origen, sér corporativo, duración y carácter de la secta, no sé qué más podría decir ó desear nuestro incomparable Negroni en apoyo de sus ideas. León XIII recomienda además á nuestra particular atención la gran concentración

(1) De Civitate Dei.

de fuerzas y mayor robustez de organización debidas á la masonería.

Para despedirnos por largo rato del P. Negroni cuya teoría hemos expuesto con algún detenimiento por su singular importancia, observaremos que el primer fundamento en que á nuestro entender estriba toda su argumentación y el formidable baluarte desde el cual cañonea á sus adversarios, es el presupuesto de que el verdadero origen y principio y aun la historia entera y cabal hasta sus últimas postrimerías de la secta maldecida, sólo por la Sagrada Escritura, los Santos Padres y los actos de la Iglesia, pueden ser seguramente conocidos. La razón es, porque en la Escritura se halla descrita proféticamente por el dedo de Dios é inspiración del Espíritu divino, la historia de todas las grandes cosas y acontecimientos humanos, que más íntimamente atañen á los destinos de la humanidad, y á los fines de la Creación y la Redención; y la masonería es á no dudarlo una de estas grandes cosas por unánime confesión de cuantos tienen ojos para ver, y según se colige de los repetidos y clamorosos alertas de los Pontífices. Ahora por lo que hace á los Padres y á la Iglesia, siendo ella y ellos los intérpretes jurados y oficiales de aquellas profecías y de todos los Libros Santos, y habiéndose visto precisados á reñir cien y cien batallas sin pasar en todas las edades por la bandera celestial con los abortos del infierno; claro está que neciamente se desentendiera de sus luces y consumada experiencia quien deseara pisar en terreno firme y no andar á tientas en medio de las sombras fraudulentas esparcidas por la astucia enemiga. Por algo Barruel á quien después de tantas fructuosas pesquisas y tan preciosos descubrimientos, nadie hará la descortesía de recusar por inhábil é incompetente, requería para el esclarecimiento de la obscura cuestión que venimos

estudiando, la antorcha de los Santos Padres, de un Agustín sobre todo, que si por espacio de largos nueve años, anduvo perdido en los confusos laberintos de la secta, al fin una vez rotas las mallas del error y transportado al campo de la verdadera luz, fué el más denodado y aguerrido paládín de la santa causa, infatigable revelador de aquellos torpes misterios.

La historia y los otros materiales de procedencia puramente humana figuran en esta palestra conforme al plan propuesto, á manera de armas y recursos meramente subsidiarios.

Y vaya el otro punto de apoyo, en que ahinca el P. Negroni en defensa de su hipótesis, y á la verdad, según nuestro modo de ver, no sin hábil estrategia de buen razonador. Pues ciertamente en la discusión de hechos, que de más ó menos cerca, tocan á la naturaleza de una cosa, la definición de esta es lo que cuanto antes importa, la definición es lo fundamental, para cortar disputas de un golpe, ó á lo menos, para ocupar en ellas una posición ventajosa. Así se le alcanzó al P. Negroni; y por esto, antes de entrar en el desarrollo de sus pruebas la emprende con ajenas definiciones, la del P. Steccanella entre otras, las refuta y sienta la suya. Decía Steccanella:—La masonería “es una sociedad político-religiosa que profesando la democracia más pura en el orden civil y el racionalismo más neto en religión, tiende con todo esfuerzo á destruir el actual edificio social, y á reconstruirlo todo sobre las bases de sus principios.” Lo de *político-religiosa*, aquel *política* antes del *religiosa*, no cuadra de ninguna manera con el principio de la Encíclica *Humanae generis* de las dos ciudades, terrena una y celestial la otra; se aleja *toto caelo*, y hasta pugna abiertamente con el espíritu general y la enseñanza del documento pontificio. ¿La *democracia* nada más? El comunismo más absoluto, más revuelto y confuso, más desvergonzado, es el que profesa ó vocifera la

masonería, al par que por antítesis muy explicable, practica el despotismo más sultánico, más feroz. ¿A reconstruirlo todo? ¿inclusa la *religión*? Tenderá á abolirla, supongo, ó á substituir-la con la religión . . . de la naturaleza de Satanás; escoja U. reverendo Padre. En resumen nos parece de esta definición, que anda muy tierra á tierra, que decía Cervantes; muy humana *in malam partem*; estamos por decir, muy *naturalista*. Bien hizo en desecharla el autor, el cual á seguida establece la suya: “Hay, dice, definición *nominal* y definición *substancial*. La secta nunca tuvo nombre fijo y constante y aun por muchos siglos, ó no tuvo ninguno determinado, ó la historia no lo registra: en otros lo tomó variamente, ya de sus cabecillas ó reformadores, ya de alguna de las fracciones en que se dividió ó de cualquiera de sus diferentes reformas. De ahí principalmente los tropiezos de los escritores. Hoy como quiera, con el título de *Masonería* es conocida. ¿Masonería? Por nada le conviene este nombre, puesto que el nombre, según Aristóteles, ha de ser explicativo de la cosa; por esto nos agrada más el de secta *anticristiana* y *antisocial*. Así que la definimos: “La congregación de hombres y mujeres consagrados á Satanás, que se propone en política destruir las leyes y el orden establecido por Dios, y en religión, abolir todo culto de la Divinidad, y substituirlo con el culto del demonio ó demonolatría.” Definición sacada de la primera, y ésta fundada en las predicciones de la Escritura, en las obras, doctrinas, ritos, símbolos y misterios de la secta, deducida de las entrañas de la cosa definida.

Bien puede asegurarse, si se deja terciar en este debate á la razón serena é imparcial, que el erudito autor, armado de una definición semejante y de aquel atendible presupuesto; enseñoreado de los libros proféticos de las Escrituras con sus vaticinios ordenadamente eslabonados; fortalecido con el auxilio

eficaz de los Santos Padres, de San Agustín sobre todo, firmemente apoyado en la consideración de los especiales caracteres, tendencias y maravilloso poderío y extensión actual de la secta; seguro de la decidida cooperación de muchos autores masones y *profanos*, afiliados ó traídos por consecuencia del discurso á su misma opinión; alentado por el sentir, si no uniforme, al menos sumamente generalizado de los católicos, que hoy entre temores y esperanzas contemplan unos y vislumbran otros en la funestísima secta las imágenes proféticas de los Libros Santos; puede ciertamente nuestro autor con tales armas y pertrechos salir sin temeridad al palenque y sostener en buena lid el valor de su teoría, si no con triunfo claro y evidente, que en esta lucha es difícil, cuando menos sin desdoro. Y por ahora no decimos más.

Terminada ya, y á su parecer por él ganada la batalla decisiva, se engolfa de lleno el Padre Negroni en el total desenvolvimiento de su plan, y en la historia de la secta hasta su último desenlace ó catástrofe final. La espía en sus primeras empresas é instituciones: la sigue paso á paso en el Gentilismo; la estudia atentamente en el Hebraismo, en el primero y segundo milenar de éste: la sorprende en la cuna del Cristianismo y la acompaña hasta verla transformada en Maniqueísmo; no le pierde la pista á través de aquellos siglos de elaboración y de extraños fenómenos sociales en la Edad Media; la considera, ya convertida en masonería en sus diferentes evoluciones, y luego reforzada con la secta eclesiástica llamada Jansenismo. Desde este punto abre la escena de la última guerra empeñada entre las dos Iglesias, la de Dios y la de Satanás; inaugurada con la primera acometida de ésta, la revolución francesa; continuada con una segunda arremetida del próximo precursor, Napoleón I; interrumpida con una tregua y efímera restauración; renovada más furiosamente con un tercero y cuarto ata-

que de la secta, desde Napoleón III hasta nuestros días; y que ha de llegar gradualmente á su término con la apostasía general del mundo católico, con el reino del Antecristo, la postrera derrota y la sepultura de la secta en los abrasadores y eternos abismos.

Llegados ya á la última estación de nuestra carrera; dando ya por cerrado el plazo de prueba y defensa en este intrincado proceso sobre la hipótesis ó sistema del Padre Negroni, ¿qué habrá de fallar un juez sobrio, mesurado, exento de toda prevención y amante de la verdad ante todo? Si se hace la pregunta á varios modernistas, ó sea partidarios de la edad reciente de la masonería, contestarán con una sonrisa de desdén. Ellos sí que se muestran jóvenes, aunque peinen canas, en la presunción y falta de advertencia y cordura; ya les llegará su turno, cuando nos ocupemos en la discusión general de todas las otras hipótesis. Si se interroga á los hh.: Bazot, Findel y á otros de la misma laya, se echan á reír los muy desuellacaras en nuestras barbas; pero su risa nos parece la risa del conejo por la fundada sospecha que antes apuntamos: ó si se formalizan rechazando nuestra sospecha, habremos de decir que aquella risa es la risa de la imbecilidad escéptica, como tantas otras veces.

Si á nosotros se dirige la pregunta, á nosotros que en nuestra excursión por las principales librerías de Europa, sólo por acrecentar con un libro más nuestra biblioteca masónica, adquirimos la obra del Padre Negroni; á nosotros que si nos enfrascamos en el estudio de la secta, fué por una especie de compromiso sagrado, como sacrificio ofrecido á la triste memoria de una de sus víctimas, cara á nuestro corazón, sin que antes ni después hasta ahora, hubiésemos dado á la polémica de esos oscuros orígenes el valor é importancia grandísima que